

UNA GENEALOGÍA CRÍTICA SOBRE EL  
NOMBRE DE LA PATAGONIA

*THE NAME OF PATAGONIA: A CRITICAL GENEALOGY*

Marcelo Pellegrini  
University of Wisconsin-Madison  
pellegrini@wisc.edu

RESUMEN

Este artículo es la descripción de un libro sobre el origen del nombre de la Patagonia que retoma una singular e iluminadora hipótesis de la profesora María Rosa Lida de Malkiel publicada en 1952. Al mismo tiempo, se propone rescatar el nombre de un desconocido filólogo llamado Joseph de Perott (o Joseph Perott), quien se adelantara en casi cinco décadas a la tesis de Lida de Malkiel al publicar en 1908 una brevísima y casi inhallable “comunicación” en una revista italiana de filología sugiriendo la misma tesis. Este artículo repone la idea original de ese filólogo y ayuda con ello a completar lo que se podría llamar una genealogía crítica concerniente al nombre de la región más meridional del continente americano.

PALABRAS CLAVE: Patagonia, Patagones, Primaleón, Pigafetta, Magallanes, libros de caballerías, María Rosa Lida de Malkiel, Javier Roberto González, Joseph de Perott.

ABSTRACT

This article describes a book that discusses the origin of the name of the Patagonia region that picks up on an original and illuminating idea by Professor María Rosa Lida de Malkiel, published in 1952. At the same time, it reclaims the name of an unknown philologist, Joseph de Perott (or Joseph Perott), who, almost five decades before Professor Lida de Malkiel, published a brief and nearly inaccessible “communication” in an Italian journal of philology suggesting the same idea. This article reinstates this philologist’s original idea and helps to complete what we may consider a critical genealogy concerning the name of the southernmost region of the American continent.

KEY WORDS: *Patagonia, Patagones, Primaleón, Pigafetta, Magallanes, Romances of Chivalry, María Rosa Lida de Malkiel, Javier Roberto González, Joseph de Perott.*

*Recibido: 15 de julio 2020.*

*Aceptado: 1 de septiembre 2020.*

## UNA HIPÓTESIS REVOLUCIONARIA Y DESCRIPCIÓN DE UN LIBRO

Estas páginas glosan la historia de una idea. Una idea tan revolucionaria que cuesta dimensionar sus consecuencias. Una idea que, como todas las buenas ocurrencias, ha tenido una historia zigzagueante que en sus primeras formulaciones se desarrolló sin que nadie lo supiera, para luego alcanzar plena madurez y rostro definitivo. Advierto que, para hacerle justicia, no tengo otra alternativa que contarla de la misma forma en que se fue manifestando: no en línea recta sino como resultados, lejanos en el tiempo y la geografía, de intuiciones críticas expresadas con brevedad y contundencia, para luego ser una historia que abarca siglos de conocimiento. Ello implica hacer un comentario sobre cada uno de los hitos de esa historia, de sus confirmaciones y refutaciones, todas ellas contenidas en el libro *El nombre de la Patagonia: historia y ficción*, de Javier Roberto González, cuya investigación es ejemplar; iré refiriendo esos hitos paso a paso y con cierto detalle, agregando muy poco de mi propia cosecha. Hacia el final rescataré el nombre de un personaje importante para esta idea, prácticamente desconocido hasta hoy, y propondré una genealogía crítico-literaria de la misma.

En el volumen 20 (No. 4) de la revista *Hispanic Review*, correspondiente a octubre de 1952, la erudita María Rosa Lida de Malkiel publicó, entre las páginas 321-323, una nota titulada “Para la toponimia argentina: Patagonia”. La brevedad de ese texto no debe disuadirnos de la importancia de la tesis ahí ensayada, que consiste en atribuirle el nombre de la región más meridional del continente americano no a una dudosa etimología que relaciona el término con el gran tamaño del pie de los aborígenes tehuelches, o al enorme tamaño las huellas de su pisada, sino a un personaje fabuloso del *Primaleón*, un muy popular libro de caballerías, publicado en Salamanca el año 1512.<sup>1</sup> Perteneciente al ciclo de los *Palmerines*, el *Primaleón* fue una obra muy difundida tanto en España como en Europa, con varias ediciones en numerosos idiomas. Al avanzar su tesis, Lida de Malkiel nos recuerda que el nombre de California proviene de *Las sergas de Esplandián*, otro popular libro de caballerías publicado en Sevilla el año 1510. De ahí que señale la autora que ese hecho “lleva a pensar si no se tratará aquí también de un nombre ficticio” en relación a la Patagonia. Este razonamiento hipotético no es arbitrario, desde luego; se basa en el hecho de que las palabras “Patagones” y “Patagonia” se encuentran por primeras vez registradas

---

<sup>1</sup> El tema del origen del nombre de la Patagonia no fue de interés esporádico para Lida de Malkiel, quien repitió su hipótesis en numerosas conferencias pronunciadas en el circuito académico norteamericano, donde trabajaba, llegando incluso a escribir un artículo en el que amplía su idea original, titulado “Fantasía y realidad en la conquista de América” y publicado póstumamente en 1975 (Cf. Bibliografía). La idea, también, fue difundida a través de un resumen de sus argumentos más importantes, publicado en al menos dos lugares: el *Índice Cultural Español* (Madrid) y la revista *Argentina Austral*, en mayo y junio de 1953, respectivamente.

para referirse a esa región y sus habitantes en el diario del caballero Antonio Pigafetta, quien acompañó a Hernando de Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo (1519-1522), tarea completada por Sebastián Elcano luego de la muerte aquél en las Filipinas. Magallanes y su tripulación fueron con toda probabilidad los primeros europeos en tener contacto directo con los indígenas tehuelches de la Bahía San Julián (en la actual provincia argentina de Santa Cruz), adonde habían llegado buscando el ansiado paso hacia el otro océano; es ahí cuando el cronista señala que “nuestro capitán llamó a este pueblo *patagones*” (Traducción de Federico Ruiz Morcuende). No hay más información por parte de Pigafetta acerca del origen de este vocablo, porque quizás no era necesario: la palabra patagón, al provenir de esa leidísima obra de 1512, no necesitaba mayores aclaraciones cuando se publicó su diario alrededor de 1525. El gigante fabuloso del libro tiene cara de perro, derivado seguramente del Ardán Canileo del *Amadís de Gaula*; Lida de Malkiel aclara de inmediato que los aborígenes observados por Magallanes “no tenían a buen seguro cara de perro” pero que su semblante debió ser “espantable” para los exploradores, y de ahí la denominación literaria. Conviene recordar también que varias de las ediciones del diario de Pigafetta reproducen un mapa dibujado por él mismo durante la época del viaje o poco tiempo después de completarlo; ahí podemos ver que el autor claramente denominó a esa parte del continente como “Regione patagonia” y al estrecho que ahora lleva el nombre de Magallanes como “Streto patagonico”.<sup>2</sup> La novedosa tesis de Lida de Malkiel, basada no en una lectura directa del *Primaleón* (un ejemplar de la primera edición se descubrió en 1960, dos años antes de su muerte)<sup>3</sup> sino en un resumen hecho por Mary Patchell en su libro *The Palmerin Romances in Elisabethan Prose Fiction* (1947), provocó unas cuantas adhesiones y muchos rechazos; tendrían que pasar décadas antes de que otro

---

<sup>2</sup> Es importante recordar esto porque, extrañamente, Lida de Malkiel señala en “Fantasía y realidad en la conquista de América” lo siguiente: “Durante varios siglos el nombre de la región fue ‘Tierra de los Gigantes’ o ‘Tierra de los Patagones’ hasta que en el siglo XVIII se agrega el sufijo de lugar *-ia* y queda creado el topónimo *Patagonia*” (1975, 220, subrayado en el original). Como dice Javier Roberto González respecto de esta afirmación, “no es necesario esperar hasta el siglo XVIII, pues en un esbozo cartográfico [reproducido en casi todas las ediciones del libro, incluyendo las castellanas] trazado por la mano del mismísimo Pigafetta (...) claramente se lee, en italiano, la leyenda *Regione Patagonia*”. A lo que agrega: “No podemos fechar con certeza este mapa, pero resulta evidente que fue trazado ya durante el viaje, ya en los años inmediatamente siguientes, y que por lo tanto la datación de nuestro topónimo debe adelantarse en unos dos siglos y medio respecto de la idea más divulgada” (González 2019, 8, subrayado en el original). La misma observación sobre lo que afirma María Rosa Lida hace Miguel Armando Doura (2011, 41-42).

<sup>3</sup> Hay una edición contemporánea del *Primaleón* de 1512, a cargo de María Carmen Marín Pina (Cf. Bibliografía).

investigador pusiera las cosas en claro al reafirmar definitivamente la idea temprana de la profesora Lida y, al mismo tiempo, realizar un muy completo examen de las otras hipótesis que históricamente han sido esgrimidas respecto del origen de la palabra, provisto de abundante documentación y de las herramientas filológicas necesarias para el caso. Ese investigador, además, aportaría su propia tesis sobre el tema, zanjándolo en favor del origen literario de la denominación.

Ese investigador es Javier Roberto González, miembro de número de la Academia Argentina de Letras, especialista en literatura española medieval y en historia de la lengua de la Universidad Católica Argentina (UCA), así como investigador del CONICET de su país. En 1999, González publicó, bajo los auspicios de la Subsecretaría de Cultura de la provincia argentina de Chubut, un libro titulado *Patagonia-patagones: orígenes novelescos del nombre*. El libro tuvo poca difusión fuera de Argentina. En Estados Unidos se puede encontrar un ejemplar en una sola biblioteca universitaria (de la Universidad de Pittsburgh); las pesquisas bibliográficas del poeta Pedro Lastra, persuadido por la tesis de la profesora Lida de Malkiel y un interés de larga data por la empresa de Magallanes y el diario de Pigafetta, lo llevaron a descubrir en esa biblioteca el libro. Tal fue el entusiasmo y el asombro provocados por la erudición del profesor González que Lastra decidió reeditar su tratado, esta vez bajo los auspicios de *Anales de Literatura Chilena* y la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Pedro Lastra logró establecer comunicación con el profesor González, quien accedió a que su libro se reeditara no sin antes agregar unas páginas sobre las investigaciones más recientes en torno al tema y actualizar su bibliografía. Ese es el origen de esa publicación, que ahora nos llega bajo el título *El nombre de la Patagonia: historia y ficción*. Es difícil hacerle justicia a un libro como este. La novedad de sus argumentos, la profundidad de sus razonamientos, la claridad de su exposición y lo detallado de su diseño hacen de él un estudio ejemplar en muchos sentidos. Trataremos de hacer aquí una descripción lo más certera posible.

Retomemos el argumento desde el principio: el espíritu que anima la propuesta de González radica en un hecho que, a pesar de su simpleza, posee estatus de escena primordial: el nombre “patagones” fue dado a los tehuelches por Magallanes. Así lo establece Antonio Pigafetta en su diario, como ya hemos visto; no hay más información al respecto sobre el por qué de aquella denominación. Este hecho fundamental establece el origen del nombre que aquí nos ocupa. Resulta curiosa, entonces, como dice González, la abundancia de teorías que han llegado a los salones mismos de las escuelas y universidades del continente, traspasadas incluso a la conversación corriente, que consideran la palabra “patagón” como un aumentativo de “pata”, en alusión al supuesto gigantismo de los aborígenes de la bahía San Julián y a la inmensa huella que dejaban en la tierra debido a lo grande de sus pies y su tosco calzado hecho de piel. La tendencia humana, dice González, de buscar una explicación a lo que no se comprende del todo explicaría esto. Sin embargo, el origen de ese equívoco es muy ilustre:

nuestro autor nos señala que fueron los historiadores y cronistas Francisco López de Gómara y Gonzalo Fernández de Oviedo quienes lo iniciaron. En la *Historia General de las Indias* de Gómara y la *Historia General y Natural de las Indias* de Fernández de Oviedo, en efecto, encontramos la conjetura sobre esa palabra ligada al gran tamaño de los aborígenes, sobre todo el de sus pies, que se ha repetido a lo largo de los siglos con insistencia. Esto se debe, agrega González, a la muy difundida costumbre de encontrar falsas etimologías utilizando palabras que poseen semejanza fonética. La vida de esa conjetura probará ser muy vigorosa, porque, como dice nuestro autor, “[l]a etimología popular consagrada por los dos historiadores indianos será recogida y divulgada por la totalidad de los expedicionarios y cronistas posteriores, y de ellos pasará inalterada a los manuales de historia, a los diccionarios y a las enciclopedias” (10). Estas teorías de carácter lingüístico-morfológico no son posibles en opinión de González, porque ninguna de las potenciales lenguas involucradas en este hecho de nombramiento (la portuguesa de la que Magallanes era nativo, la española que era la de la corona para la cual trabajaba, y la italiana y la veneciana, ambas de Pigafetta) permiten tales aumentativos (12-13). Por último, las observaciones de antropólogos, cronistas, viajeros e historiadores posteriores ha establecido que si bien es cierto los tehuelches eran altos y corpulentos en general, no lo eran en exceso, ni tampoco poseían pies de tamaño anormal (14). Luego, González realiza un examen detallado de algunas teorías etimológicas muy extendidas sobre el origen de la palabra que nos concierne, debidas a lo que él llama “la ilusión indigenista” (15-18). Desde establecer sus orígenes en la lengua quechua o la lengua pampa, todas esas opiniones olvidan el hecho de que fue un europeo, cuyo conocimiento de cualquier lengua nativa americana era inexistente, el que utilizó la palabra “patagones” para designar a los aborígenes. De todas formas, González hace un repaso de este “estrafalario rompecabezas lingüístico” (lo que Lida de Malkiel llamó en su nota “etimología fantaseadora”) para finalmente “refutar en bloque” todas esas interpretaciones.

Luego, González pasa revista a las tesis más serias y documentadas respecto de este problema: las de Leoncio S. M. Deodat, María Rosa Lida de Malkiel, José Imbelloni y Marcel Bataillon (19-39). Deodat, quien publicara la suya un año después de Lida, rechaza, a partir de una adenda a su trabajo de 1955, la tesis de la académica y avanza la suya propia basada en la etimología de la palabra portuguesa “patacão”, que quiere decir antigua moneda de poco valor (mismo significado y alcance tiene “patacón”, palabra “tan arraigada en un tiempo”, como dice González, “en el habla rural de la Argentina”).<sup>4</sup> Los indígenas, pobres y de escasos recursos materiales, habrían

---

<sup>4</sup> Algo que mucho revela sobre las representaciones populares de los patagones y los patacones lo tenemos en Patoruzú, un personaje de historieta muy popular en Argentina, creación del dibujante y empresario Dante Quinterro, que lo publicara entre 1928 y 1973. Patoruzú es

sido descritos con esa palabra por el navegante portugués para enfatizar precisamente el poco valor de su indumentaria y de sus bienes. Pigafetta, de acuerdo a Deodat, dulcificó el vocablo para pasarlo “a la armoniosa lengua de Dante” como “patagoni”, y de ahí al castellano “patagones”. La condición de especialista en historia de la lengua española y su conocimiento de las lenguas romances le permite a González realizar un detallado examen de esta supuesta evolución, para después refutarla por imposible.

El paso siguiente del profesor González es llamar la atención sobre la tesis de María Rosa Lida de Malkiel, explicada brevemente al comienzo de estas páginas, y que nuestro autor no duda en llamar “copernicana” debido al cambio de paradigma que representa en el campo de las especulaciones sobre el origen de la palabra (27). Fue la tesis de Lida la que dio pie a González para escribir su libro, y en lo esencial la confirma, aunque la enriquece grandemente y la enmienda en un aspecto esencial: el hincapié que hace la autora sobre la fealdad de los patagones, rasgo que probablemente llevó a Magallanes, según ella, a utilizar esa palabra.<sup>5</sup> La postura de Imbelloni consiste en calificar el hallazgo de Lida como un verdadero hito y ejemplo de erudición, pero le critica no resolver el origen morfológico de la palabra (36-37). Lida no tenía por objetivo describir ese origen y su mérito, según González, es abandonar el problema de las etimologías disparatadas o “fantaseadoras” y plantear los orígenes literarios del término. La postura de Marcel Bataillon, por su parte, posee una curiosidad: el hispanista francés rechaza en 1955 la teoría de Lida de Malkiel y señala que la palabra hizo un viaje al revés: la proeza de Magallanes-Elcano impactó tanto al público español que el personaje novelesco del Gran Patagón fue incorporado, como una interpolación posterior, a la novela a partir de lo que se lee en el diario de Pigafetta y de lo que esa primera vuelta al mundo azuzó en la imaginación de la época. Sabemos que el *Primaleón* fue publicado en 1512, siete años antes del viaje de Magallanes, lo

---

un “tehuelche gigante”, un cacique de extraordinaria fuerza física y mucho dinero, propietario de enormes extensiones de tierra en la Patagonia, que acarrea consigo billetes que se llaman “patacones”. Las representaciones gráficas del personaje lo muestran invariablemente con pies muy grandes. La historieta fue tan popular y se hizo tan conocida que incluso llegó a publicarse en Estados Unidos entre los años 1941-1948. Y para que veamos que el uso de “patacón” en el sentido monetario ha seguido vigente en Argentina, debemos recordar los “bonos patacones” que se emitieron en la Provincia de Buenos Aires durante la crisis del 2001-2002. Esos bonos (llamados oficialmente “Letras de Tesorería para Cancelación de Obligaciones”) fueron una moneda paralela emitida por el gobernador provincial Carlos Ruckauf como un modo alternativo de financiamiento ante la falta de liquidez debida a las restricciones de la emisión del peso argentino.

<sup>5</sup> González indica que Deodat rechazó la tesis de Lida basado en el hincapié, para él negativo, que la erudita hizo en la supuesta fealdad de los tehuelches (González, 30), postura rechazada a su vez por Joan Corominas, quien califica la tesis de Lida de Malkiel como “convinciente” (Ibíd.)

que refutaría de inmediato esta tesis, pero en la época en que Bataillon la postuló sólo se conocía la edición de Sevilla, publicada en 1524. Cuando en 1960 se descubrió la “edición prínceps” de la novela y se comprobó que la de 1524 era exactamente igual, la postura de Bataillon “sufre un duro revés”, como dice González (37). Fue por ese motivo que el académico francés publicó en 1962 una *retractatio*, en donde corrige su error y confirma la postura de Lida de Malkiel.<sup>6</sup> Ahí también especula sobre el posible origen de la palabra en el vocablo *pataco*, que quiere decir “rústico, zafio, toscó”, idea que ya había sido propuesta en su momento por Roberto Lehman-Nitsche (37-38). Hacia el final de su investigación, el profesor González ofrecerá su postura al respecto de esta última idea.

Convencido, entonces, de la veracidad de la tesis de Lida de Malkiel, y considerando la aprobación que ha tenido por parte de especialistas como Joan Corominas, María Carmen Marín Pina, María Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Blecua, Javier Roberto González se dispone a reforzarla y enriquecerla (29 y ss.) Su método para hacerlo consistirá en la comparación detallada y exhaustiva de la imagen que tenemos de los tehuelches o patagones históricos con el Gigante Patagón del libro de caballerías. Aquí es donde el estudioso brilla incluso más de lo que ha brillado hasta ahora al plantear sus argumentos. Su condición de historiador de la lengua y medievalista (recordemos que los libros de caballerías hunden sus raíces en temas y motivos medievales) lo hacen especialmente apto para esta tarea. González, además, hizo lo que Lida de Malkiel no pudo: tener acceso al único ejemplar de la edición prínceps del *Primaleón* (descubierto recién en 1960, como dijimos, y alojado en la Universidad de Cambridge). En este punto podríamos describir la tarea de González como reconstructiva: nos da un completísimo contexto histórico-literario sobre ese peculiar género narrativo y nos entrega un diagnóstico igualmente informado sobre el impacto de esos libros en la Europa de su tiempo y cómo contribuyeron grandemente a dar forma a la episteme, podríamos decir, del Renacimiento temprano, que es el origen de nuestra modernidad. Sabido es que Bernal Díaz del Castillo, nos recuerda González, comparó en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* las

---

<sup>6</sup> Dice Bataillon al comienzo de su artículo: “Aunque en estas páginas canto la palinodia de una hipótesis que formulé hace algunos años con intención de mejorar la solución de un problema toponímico-literario planteado por María Rosa Lida de Malkiel, creo honrado presentarlas no como ‘retractación’, sino como ‘retractatio’, o sea revisión del asunto” (...) Redescubierta la edición príncipe de *Primaleón*, patente ya el error de la hipótesis forjada acerca del episodio patagónico como interpolación posterior a dicha edición, sería fácil hacerlo constar y sepultar en olvido la concepción fracasada. Juzgo más útil el criticarla y examinar otra vez el problema a la luz del desengaño y de mis ulteriores reflexiones. Tal vez sirvan para encaminar mejor el estudio que nuestra compañera tuvo el mérito de proponer tanto a los historiadores de América como a los de la novela de aventuras” (Bataillon 1962, 27).

maravillas de México (sus ciudades y “grandes poblaciones”) a las cosas relatadas en el Amadís. Esta comparación no debe extrañarnos dice el estudioso: Irving A. Leonard mostró, en su conocido estudio *Los libros del conquistador*, que los libros de caballerías eran una lectura habitual entre los soldados imperiales de todo rango, siendo parte de los bienes más traídos por ellos al continente americano.<sup>7</sup> No es casual entonces, que la toponimia del nuevo mundo posea términos extraídos de esas obras literarias, siendo algunos muy emblemáticos, como por ejemplo el río Amazonas, palabra que se remonta a la mitología griega reelaborada por la literatura europea posterior, y la isla de California (como ya se dijo, de *Las sergas de Esplandián*, libro mencionado por María Rosa Lida de Malkiel). También tenemos la isla del Mal Hado, en el delta del Mississippi, donde es probable que Cabeza de Vaca pasara “aciagos momentos”, como dice González (46), que resuena en el nombre de la isla de Malfado del *Palmerín de Olivia*. Si bien es cierto, como dice González, que no hay manera de probar concluyentemente que Magallanes o Pigafetta leyeron esos libros, los antecedentes anotados por él y otros estudiosos del tema nos ofrecen al menos una posibilidad más que verosímil al respecto.

González procede a analizar todos los episodios del *Primaleón* donde aparece este humano-animal que es el Gran Patagón, principalmente en sus encuentros bélicos con el héroe del libro, y a compararlos con la imagen que de los tehuelches podemos obtener a partir de las anotaciones de Pigafetta y, sobre todo, del contexto intelectual en que fueron producidas y leídas (41-58). El trabajo de González aquí es, por cierto, y tal como a lo largo de todo su libro, excelente y preciso. No podemos describir en detalle esas comparaciones sin caer en el riesgo de ser exhaustivos, pero sí podemos hacer hincapié en que para González estos episodios novelescos dibujan ciertos “motivos mítico-literarios y doctrinales”, como él los llama (58-60); estos motivos van desde la configuración física del Gran Patagón, determinada, como dijo en su momento Lida de Malkiel, por su fealdad, que es, al mismo tiempo, una falta moral (60-62) y que le otorgan características de ferocidad y maldad. Ahí es cuando las consideraciones literarias presentes en el análisis de González entran en juego: para él, el Gran Patagón de la novela y su ferocidad encuentran un equivalente en la de los tehuelches que describe Pigafetta; esa falla moral se debe más bien al “desgobierno de su naturaleza” (61) y no a la malicia o la maldad elegida como forma de vida. Ese es un punto clave

---

<sup>7</sup> Dice Lida de Malkiel en “Fantasía y realidad en la conquista de América”: “Pocos libros pueden jactarse de haber tenido entusiastas más ilustres o más refinados que el *Primaleón*: Fernando de Rojas, Bartolomé Torres de Naharro, Gil Vicente, Juan de Valdés, Garcilaso de la Vega, Torquato Tasso, Tirso de Molina, fray Hortensio Paravicino. Entre los conquistadores y colonizadores de América ocupó un puesto de preferencia, según infiere Irving A. Leonard del estudio de las listas de exportación de libros” (1975, 219).



para entender las motivaciones de Magallanes a la hora de darles ese nombre a los aborígenes. Como dice González: “El salvajismo y la ferocidad son, objetivamente, un *mal*, pero los sujetos [los tehuelches] en los cuales radica ese mal no pueden ser rectamente imputados de él, ya que no lo deciden libre ni responsablemente: es su naturaleza la que los hace malos, no su libre elección” (62, subrayado en el original). En el caso del Gran Patagón, nos aclara González, el mal proviene como consecuencia del pecado de su madre, una humana que concibió a su hijo con un animal. El combate del héroe Primaleón con el Gran Patagón, del que el héroe sale victorioso, es leído aquí desde el prisma de las consideraciones de Mircea Eliade sobre el combate cósmico llamado “mito cosmogónico” (62-69), relato fundante “y modelo ejemplar de todo otro mito y de toda acción ritual”. Primaleón es el equivalente de un “dios de atributos solares” que lucha contra un monstruo, recreando el combate cosmogónico del que nos habla Eliade. Al derrotar al monstruo, el orden es reestablecido. Pero la derrota bélica del Gran Patagón no es moral. Primaleón ni siquiera logra domar al Gran Patagón; la “conversión espiritual”, como dice el libro, de éste será por obra de la belleza femenina, especialmente de tres damas presentes en la novela: Sélvida, Gridonia y Zerfira. Ante esas figuras femeninas del *Primaleón* el Gran Patagón se doblaba y completa finalmente su transformación moral, se vuelve compañero de caza del héroe del libro y finalmente se adapta a la civilización. Como dice el profesor González, “el Gran Patagón ha sido por completo vuelto ‘cosmos’” (79). Se trata de la belleza que redime, que regenera por el solo hecho de ser contemplada, idea que tiene raíces en los diálogos platónicos y en el platonismo medieval, que cobrará incluso más fuerza en el neoplatonismo renacentista que tanta influencia tuvo en Europa. En otro orden de cosas, aunque relacionado con lo recién dicho, González anota que estamos ante el archiconocido tema de “la bella y la bestia”, cuyas representaciones modernas van desde novelas como *Notre-Dame de Paris*, el clásico de Victor Hugo, al cine y los dibujos animados.<sup>8</sup> Las resonancias del tema son, por supuesto, casi infinitas.

Luego de este pormenorizado análisis literario, histórico, mítico y filosófico, el profesor González pasa a enlistar los términos en que los patagones tehuelches y el Gran Patagón coinciden con las descripciones de Pigafetta (79-86). Estos términos son: *apartamento, tamaño, fealdad, velocidad, armas, vestimenta, dieta, salvajismo, medicina propia, ferocidad, conducta respecto a las mujeres y reducción al orden*. Las conexiones, algunas sutiles, otras más evidentes, son múltiples, y la explicación de las mismas por parte de González son por cierto muy detalladas. Es en este momento

---

<sup>8</sup> En su “Retractatio”, Marcel Bataillon señala lo siguiente sobre ese tema: “Tales milagros (relacionados con cuentos del tipo *La Belle et la Bête*) han sido motivados de antemano como resultantes de la herencia del monstruo, hijo de un animal ‘muy amigo de las mujeres’” (Bataillon 1962: 31).

en que el académico reivindica nuevamente la tesis de María Rosa Lida y ofrece una “enmienda” para la misma: el nombre patagones, dice el autor, es una *metáfora* cuyo desplazamiento semántico se produce por el término intermedio o atributo específico de la *fealdad* (86-87). A González, sin embargo, no lo convence este desplazamiento semántico; para eso se basa en lo que dice la narración misma del *Primaleón*, que no explica el término patagón por lo feo del personaje sino por su condición de salvaje. De esta manera, González nos ofrece su tesis:

Postulamos por tanto que Magallanes, a la hora de imponer el nombre *patagones* a los indígenas de la Bahía San Julián, intentó reflejar mediante él precisamente la característica del salvajismo, percibida con toda claridad e inmediatez como el atributo específico de la palabra y como el rasgo en común de los personajes novelescos y los pueblos aborígenes así bautizados (88, subrayado en el original).

Y agrega más adelante:

La denominación *patagones* viene a representar así, en la intención de Magallanes, una síntesis de todas esas características tan evidentemente salvajes, porque consiste en un nombre que, según prescribe la más venerable tradición del Occidente antiguo y medieval, guarda una relación de necesidad y correspondencia respecto de la esencia de la cosa nombrada, a la cual se propone no solo denotar, sino también connotar, describir (89, subrayado en el original).

Ese salvajismo, sin embargo, no es de “cualquier clase”, nos dice el autor, quien subraya que se trata de un *salvajismo superable o redimible*. En el *Primaleón* el Gran Patagón deja de ser salvaje y se regenera por obra de la belleza. Esto lleva a González a pensar que “[l]os aborígenes que conoció Magallanes en San Julián lo impactaron, es cierto, como primitivos y salvajes, pero además debieron parecerle rescatables y potencialmente civilizables” (89). Pigafetta, de hecho, “menciona el carácter amistoso y pacífico de los naturales”, nos dice González, y de qué manera agasajan a los europeos “con comidas y ceremonias en las tolderías” (Ibíd.) Esta naturaleza redimible del salvajismo aborígen tenía para los europeos, ciertamente, un carácter literal: la misión era evangelizar a los salvajes para llevarlos a la civilización. González, finalmente, reivindica la tesis de Lida, la enmienda con una opinión propia (hacer hincapié en que la noción presente en el momento en que los tehuelches son denominados patagones es su salvajismo redimible en vez de su fealdad), y da por resuelto el problema.

La parte final del libro se titula “El origen del origen”, y fija su atención en cómo la palabra patagón llegó a ser el nombre del personaje del libro de caballerías (91-97). Una vez esclarecido sistemáticamente el *locus* literario de la palabra que designa una región del Nuevo Mundo y sus habitantes, González echa un vistazo a las teorías sobre el posible origen del nombre del monstruo novelesco que posteriormente

se transformó en un topónimo americano. González vuelve a las consideraciones, presentes en Marcel Bataillon y en Rodolfo Lehman-Nitsche, sobre la palabra *pataco*, que significa rústico, zafio, necio, toscó. Cuidadosamente y sin llegar a conclusiones definitivas, nuestro autor especula sobre ese posible origen. El paso que va de *pataco* > *patagón* le resulta menos imposible a González que el de *patacón* > *patagón* propuesto por Deodat porque “ya no se trata de aquí de la traducción instantánea y culta del portugués al italiano, sino de la viable evolución fonética popular de una palabra castellana” (96). No hay una respuesta absoluta para esto, claro está, pero el profesor González deja establecida la idea como una hipótesis posible.

La novedad de esta nueva edición, como dijimos al comienzo de estas páginas, es la “Addenda” que el profesor González ofrece a modo de comentario a las contribuciones más recientes sobre el tema (99-115). De manera sorprendente, dice González al comenzar este apartado, la idea sobre el gran tamaño de los pies de los tehuelches tiene todavía asidero, y que la tesis original de Lida de Malkiel sigue provocando rechazos. Con razón el estudioso se pregunta cómo es posible que esto siga sucediendo; la explicación que da es que ciertas ideas poseen una raigambre mucho mayor de lo que a veces podemos imaginar. Las especulaciones que ahora comenta González se dividen entre las que investigan nuevamente el origen del término utilizado por Magallanes (con las previsibles vueltas a las etimologías populares y fantasiosas, muchas de ellas de carácter indigenista) y las que se adentran en lo que él llama “el origen del origen”. González despacha estas nuevas teorías etimológicas con gracia y hasta humor, rectificando de paso algunos errores bibliográficos groseros. Pero lo que más le interesa a nuestro autor aquí son las especulaciones sobre “el origen del origen”. Dos artículos destacan al respecto: uno de Rodolfo Casamiquela (2007) y otro de Miguel Armando Doura (2011). Luego de desechar un par de posibles teorías que tienen que ver con la lentitud y la tosquedad (vuelta a *pataco* y al italiano *patacone*, “persona obesa, lenta para operar”), Casamiquela postula, un tanto livianamente, que se trata quizás de un derivado de *patagio* que denomina “una extensión del cuerpo, como las alas de las aves o las membranas que unen brazos con piernas en algunos anfibios con cierta capacidad de planear” (108-109). Esto en alusión a las “enormes orejas” de los tehuelches. González deshecha esta hipótesis diciendo que la importancia que Casamiquela le da a ese supuesto rasgo de los aborígenes vistos por Magallanes es exagerada y se fija en una característica poco “identificatoria” suya. Doura, por su parte, es considerado por González como el autor del mejor estudio sobre el tema después de la publicación original de su libro. En efecto, su artículo “Acerca del topónimo *Patagonia*, una nueva hipótesis de sus génesis” es de una erudición sólo equivalente a la de González; primero, Doura, como dice González, observa que el Gran Patagón del libro lleva colgado un cuerno que tañe para convocar a otros congéneres patagones. En el *Diccionario técnico de la música* de Felipe Petrell, Doura encuentra un instrumento de viento que posee características similares llamado “Paflagonia”, tal como una antigua

región que se encuentra hoy en la costa norte de Turquía, habitada, según los griegos antiguos, por gente tosca y salvaje. El origen “griego” y mediooriental del *Primaleón* y la semejanza fonética de Paflagonia con Patagonia, así como por tratarse el libro de una supuesta traducción de ese idioma, llevan a Doura a pensar que estamos ante el origen del origen. Por supuesto, que el libro sea una traducción del griego no es cierto (ese rasgo, pero ya de manera paródica, lo tomará Cervantes para componer el *Quijote*, que también es una supuesta traducción, pero del árabe), así que esa hipótesis queda descartada. Doura especula que el paso de Paflagonia a Patagonia se debió quizás a errores tipográficos cometidos en las sucesivas ediciones del libro y también a una castellanización de la palabra griega por parte del autor del *Primaleone*. González no descarta del todo ambas hipótesis, aunque las encuentra improbables, y nos señala, con la cautela que lo caracteriza, que quizás se pueda avanzar con ellas en el futuro “con otros procedimientos de análisis” (115). Finalmente, González culmina su excelente libro inclinándose por *pataco* (rústico, zafio, tosco) que se alteraría para transformarse en *patago* “por pronunciación sonorizante de la gutural intervocálica”, dando origen al Patagón literario que luego haría su viaje a América hace ya quinientos años. La hipótesis, como siempre, queda abierta.

## GENEALOGÍA CRÍTICA DE UNA IDEA

Javier Roberto González tiene toda la razón al calificar la tesis de María Rosa Lida de Malkiel como “copernicana”. Se trata de una idea tan original que, como dijimos páginas atrás, representa un verdadero cambio de paradigma en la manera que tenemos de pensar el origen del nombre de la Patagonia.<sup>9</sup> Pero sabemos que las ideas en el mundo del conocimiento no se producen en línea recta ni tampoco necesariamente como consecuencia de otra. Thomas Kuhn, quien acuñara el término “cambio

---

<sup>9</sup> Para dimensionar el impacto que la tesis de Lida de Malkiel tuvo en los intelectuales más destacados de su época, sólo basta con mencionar a uno de los más importantes: Alfonso Reyes. En la correspondencia entre el sabio mexicano y nuestra autora, podemos ver cómo, a comienzos de 1953 (recordemos que la nota de Lida de Malkiel se publicó en octubre del año anterior) hay una celebratoria y jocosa mención a esa publicación. Reyes le escribe una carta a la profesora Lida con un mensaje en verso titulado “A María Rosa Lida de Malkiel por sus páginas sobre ‘el patagón’ y la métrica de la Biblia”, cuyos ocho primeros versos dicen así: “Yo que no soy ‘patagón’ / —jactancias del ‘pie pequeño’— / ni he practicado jamás / la métrica del hebreo, / a celebrar me dispongo / y a felicitar me ofrezco / a María Rosa Lida / de Malkiel, en su Año Nuevo” (Zaitzeff 2009, 189). La alusión a la métrica del hebreo se refiere con toda probabilidad al artículo “La métrica de la Biblia: un motivo de Josefo y San Jerónimo en la literatura española”, que María Rosa Lida publicara también en 1952. A esta carta la erudita responde con efusivo agradecimiento en enero de 1953 (Ibíd., 133-134).

de paradigma” en su libro *La estructura de las revoluciones científicas*, señaló que esos cambios no se deben al “progreso” que produce una supuesta acumulación de conocimiento, sino por el arribo de una idea tan novedosa y original que sustituye a las otras que hasta ese momento eran predominantes (ver Kuhn 1996, 92-135) Lo mismo sucedió con la tesis de Lida de Malkiel: representó un cambio tan radical en la forma de pensar el origen de un emblemático topónimo americano que obligó a cambiar la discusión sobre el tema, haciéndonos dejar de lado todas las especulaciones en torno a las etimologías populares e indigenistas; la estudiosa no llegó a esa conclusión por el conocimiento acumulado sobre el tema, sino por una intuición filológica alimentada por una imaginación crítica extraordinaria. Por supuesto que no estoy sugiriendo aquí que María Rosa Lida no utilizó su conocimiento adquirido en lecturas acumuladas para llegar a esa conclusión y que lo suyo se trató más bien de una idea genial que nació en el vacío producto del puro entusiasmo; muy por el contrario, su conocimiento —vasto y profundo— de varias áreas de la filología española y el estilo claro y preciso de sus exposiciones fueron fundamentales acá.<sup>10</sup> La mejor prueba que tenemos de que la tesis de Lida de Malkiel no fue producto de una acumulación previa de conocimiento es un texto muy breve (una verdadera reseña o “comunicación”) al que ni ella ni González tuvieron acceso. Esa pequeña nota, publicada en una casi inaccesible revista académica italiana a comienzos del siglo XX, plantea la misma idea de Lida de Malkiel, aunque sin llegar a proponer conclusiones al respecto. ¿Cómo fue posible esto? ¿Quién escribió esa nota? El mismo González nos ofrece una pista: en la página 27 de su libro, en la nota número 17, nos dice que en la bibliografía sobre los libros de caballerías castellanos preparada por Daniel Eisenberg se consigna un artículo de “José de Perrot” publicado el año 1908 en la revista académica italiana *Studi di Filologia Moderna* cuyo título es “Il ‘Gran Patagone’ nel *Primaleone* e nei *Libri di Viaggio* di Pigafetta”. Agrega González que “su título hace suponer que el descubrimiento de Lida ya había sido realizado cuarenta y cinco años antes”. Esto sólo lo supone el profesor González porque, como dice, “[I]lamentablemente, no hemos podido localizar el trabajo de Perrot, e inferimos que tampoco lo han conocido los estudiosos que, en su totalidad y al margen de su postura de adhesión o de rechazo, reaccionaron ante la tesis de Lida como ante una radical innovación”.

---

<sup>10</sup> Un testimonio sobre la profundidad de la sabiduría y el conocimiento de María Rosa Lida lo entrega una temprana carta que le dirigió Yakov Malkiel (antes de que se convirtiera en su esposo), donde el reconocido filólogo le comenta sobre la admiración que ya producen sus trabajos en él y en otros colegas que trabajan en Estados Unidos y Europa: “Ya acostumbramos referirnos a Usted como la nueva Carolina Michaëlis...y eso porque sus escritos atestan una enorme erudición al lado de un impecable gusto estético y de un rarísimo don de seleccionar y caracterizar lo esencial” (Cf. *Amor y filología*, 56).

El nombre del estudioso en cuestión no es “José de Perrot”, sino Joseph de Perott (Joseph Perott en otras publicaciones)<sup>11</sup> y, efectivamente, en su nota plantea, con exacta brevedad, que existe una evidente relación entre el nombre del gigante novelesco y el que Magallanes utilizó para nombrar a los tehuelches. Sin preámbulos, Perott comienza su reflexión así:

Al leer la traducción italiana de los tres libros del *Primaleone* hecha por Mambrino Roseo e impresos en Venecia en 1608 (el original español se remonta como es sabido a 1512), y al considerar que un ejemplar del original podría haberse encontrado verosímelmente a bordo de la nave “Vitoria”, el barco donde se encontraba el viajero italiano Pigafetta, me nace la duda sobre si este último no habrá sacado más de una noticia de la novela española (Perott 1908, 290, trad. Marcelo Pellegrini).

A continuación, Perott compara, a dos columnas, pasajes del *Primaleone* con algunos de Pigafetta (ver ilustración en las páginas siguientes), específicamente los relacionados con el salvajismo de los tehuelches y el hecho de que comen carne cruda, para concluir con algo similar a lo que González concluyó en su momento: “Incluso la manera en que los patagones se tratan a sí mismos en caso de enfermedad también se corresponde en el *Primaleone* y en Pigafetta” (Ibíd., 291). El resto de la comunicación de Perott especula sobre si uno de los volúmenes de esa traducción, aparecido años antes bajo otro pie de imprenta pero en la misma ciudad de Venecia, es obra del mismo traductor (Mambrino Roseo) o de otro cuyo nombre ha permanecido en el anonimato; todo ello por la extraña desaparición de una palabra muy utilizada por Roseo en sus versiones.<sup>12</sup>

Podemos comprobar, entonces, que González tenía toda la razón al pensar que la tesis de Lida de Malkiel había sido formulada con casi cinco décadas de anticipación. Esto no minimiza en absoluto el logro de la estudiosa, sino que le suma un

---

<sup>11</sup> En su bibliografía de 1979, Daniel Eisenberg cita al autor como “José de Perrot”; en su muy ampliada versión española de esa bibliografía hecha junto a María Carmen Marín Pina (2000) el nombre del autor aparece una sola vez citado como “Joseph de Perott” y el resto de las ocasiones como “José de Perott”.

<sup>12</sup> Es necesario aquí hacer una advertencia: el lector notará que los pasajes del *Primaleón* confrontados con el texto de Pigafetta son transcritos por Perott como pertenecientes al capítulo XXXI de la novela. Lo cierto es que, revisando las ediciones modernas del *Primaleón* de 1512 y de 1524, los pasajes citados por Perott corresponden a los capítulos CXXXIII y CXXXV. Esto nos hace conjeturar que la edición italiana manejada por Perott era quizás una especie de refundición o resumen de la novela. Agradezco a Pedro Lastra que me llamara la atención sobre este detalle.

**IL " GRAN PATAGONE ,, NEL " PRIMALEONE ,,  
E NEI LIBRI DI VIAGGIO DI PIGAFETTA**

Nello scorrere la traduzione italiana dei tre libri di Primaleone fatta da Mambrino Roseo e stampata a Venezia nel 1608 (l'originale spagnuolo risale com'è noto al 1512), e nel considerare come un esemplare dell'originale abbia potuto verisimilmente trovarsi a bordo della « Vittoria », la nave montata dal viaggiatore italiano Pigafetta, mi nasce il dubbio che quest'ultimo abbia tratto più di una notizia dal romanzo spagnuolo. Si metta infatti a raffronto quel che si legge nel cap. XXXI del Libro di Primaleone coi seguenti passi del libro di bordo di Pigafetta (1):

**Primaleone**

« Un dì ragionando dimandò loro Primaleone, se quella isola era molto grande, e s'era tutta habitata, perche pareua luoco assai diletteuole. Signor mio rispose Palantino (figliuolo del Signor della isola), il piu habitato è per la costiera del mare, perche da una parte dell' isola son gran montagne, doue da poco in quà ui si uede una certa generatione molto da tutte le altre diuersa, perche sono molto crudi, e fieri come seluaggi e *uiuono come animali mangiando carne cruda*, di quello, che prendono cacciando per la montagna, e uanno *vestiti di pelle di fere* e sono così brutti, e contorfatti, che è cosa marauigliosa a uederli ».

« Primaleone combatté con uno di cotesti Patagoni, lo fece prigione e lo affidò a Seluida figliuola del Signor della isola « che tolse cura di dargli a mangiare & ella istessa gli pose *pose vna gra catena al piè* ». Al fine è condotto in barca alla nave di Primaleone ».

**Pigafetta**

« dalla naue ne vedemmo vno grande come vn gigante, che hauea vna voce, come di un toro, & si vedea come gli habitatori fuggiuano li lor beni fra terra per paura di quelli (fol. 353); Dopo 15 giorni uennero quattro di questi giganti senza alcuna arma; ma le haueano ascose fra alcune spine. Il Capitano ne ritenne duoi, li quali erano li piu giouani et meglio disposti, co inganno in questo modo, che donadogli coltelli, specchi, sonagli, & paternostri di cristallo, hauendo loro le mani pieni di tal cose, il Capitano fece portar *duoi ferri di quelli che si mettono alli piedi*, & fece metterli loro *alli piedi*... & furono messi subito in due navi separati... Il Capitano generale chiamò qsti popoli Patagoni.

La maggior parte *vestono della pelle del Animal* sopradetto, & non hanno casa ferma, ma fanno con le pelli a modo d' una capanna con la quale vanno hora in vn luogo hora in vn'altro. & *uiuono di carne cruda*. » (fol. 354).

(1) Li traggio dal Ramusio. *Delle Navigazioni et Viaggi*, Primo Volume, Venetia, MDCXIII, fol. 253-54. La versione del Primaleone nell'ediz. veneziana del 1608, così come la quarta parte della versione stessa edita a Venezia nel 1560, i due libri del Platin (1598) e i due Flortir (1608) sono da me posseduti.

Anche il modo di curarsi che avrebbero i Patagoni in caso di malattia trova rispondenza presso Primaleone (f. 318) e Pigafetta (f. 354).

Colgo l'occasione per esprimere anche il dubbio che la quarta parte del libro di Primaleone, edita a Venezia nel 1560 presso Michele Tramezzino, sia opera di ignoto traduttore; a ciò sopra tutto mi persuade l'improvvisa scomparsa della parola *accappare* usitatissima e caratteristica presso Mambrino Roseo. Non è improbabile anzi che la quarta parte del libro di Primaleone, la seconda parte del libro di Platir e il libro secondo de la *Historia del cavalier Florti*, che apparirono tutte a Venezia nel 1560, siano opera dello stesso Anonimo; mentre la ripetizione continua del sopracitato vocabolo presso il traduttore dei tre libri di Primaleone, della prima parte di Platir e del primo libro di Flortir, fanno pensare con miglior sicurezza a Mambrino Roseo. La mia tesi è confortata dal fatto che si trovano parole e situazioni peculiari al solo anonimo. Rilevo il verbo *burfare* (Primaleone IV, 89, 149. Flortir II, 250) che risponde al portoghese *borrifar* e la predilezione di lui nel descrivere conviti agresti specie presso qualche bella e fresca fontana (Primaleone IV, 152. Platir II, 94, 229, 244, 322, Flortir II, 10, 34, 101, 173, 190).

Conchiudo richiamando l'attenzione sopra la *Historia della bella Riccarda* negli ultimi capitoli del terzo libro di Primaleone, la quale come fu rielaborata dall'Anonimo, così venne largamente imitata dagli scrittori inglesi Sidney, Beaumont e Fletcher e Walter Scott.

JOSEPH DE PEROTT.





extraordinario y semidesconocido precedente que nos permite agregar un dato crucial a esta historia sobre las especulaciones filológicas del origen de un topónimo emblemático para nosotros los americanos. Su ausencia en la bibliografía de los artículos de Lida de Malkiel se puede explicar por las dificultades que debe haber presentado el acceso a cierto material bibliográfico a mediados del siglo pasado. Debemos agregar además que, aunque contundente, la hipótesis de Joseph de Perott fue formulada de manera brevísima y sin las referencias teóricas y filológicas de Lida de Malkiel y de González. Pero ahí está la idea, sugiriendo en su lúcida brevedad, también con inteligencia e imaginación crítica, algo de enormes proporciones e igualmente enormes consecuencias. Miguel Armando Doura, en su ya mencionado artículo de 2011, fue quizás el primero en el mundo hispánico en leer y citar la comunicación de Joseph de Perott; ahí, el estudioso comenta los pasajes pertinentes y se limita a indicar que “tendríamos que confirmar la duda ya planteada por González” (Doura 2011, 61). Como a Doura le interesa más saber cómo llegó la palabra a la novela, es decir, “el origen del origen” y no el nombre de la Patagonia, comprobó el dato y nada más. Mucho más se podría haber dicho, sin embargo, sobre esa comunicación, por su importancia para el tema que nos ocupa, y también sobre su autor, cuya identidad más bien elusiva está llena de sorpresas. Merece la pena que nos detengamos en ella, sólo para tener una noción de en qué extraños contextos se originan a veces las ideas revolucionarias como la que hemos venido comentando.

Joseph de Perott / Joseph Perott (1854-1924) es un personaje a todas luces fascinante pero que ha permanecido en el anonimato e, incluso, el olvido. Nacido en San Petersburgo (Rusia), vivió la primera mitad de su vida en Europa y la segunda en Estados Unidos como profesor universitario de matemática en la Universidad de Clark (Worcester, Massachusetts). Provenía de una próspera familia polaco-rusa de posibles ancestros italianos (el apellido original habría sido Perotti), aunque también existe la posibilidad de que haya sido de origen francés; a temprana edad desarrolló interés por la matemática, y al menos en apariencia, a eso se dedicó profesionalmente casi toda su vida. Desde muy joven viajó por Europa, con largas estancias en Portugal, España y Francia, entre otros países. Como tenía gran habilidad para aprender idiomas, país que visitaba era país cuyo idioma lograba aprender, al parecer con mucha solvencia y en poco tiempo. Esto fue lo que incentivó sin duda su afición por la filología, especialmente la de lenguas romances, que cultivó con intensidad a la par de su carrera matemática.

Roger Cooke, profesor retirado de matemática de la Universidad de Vermont e historiador de la disciplina, se ha constituido en el principal biógrafo norteamericano de Perott; Cooke nos informa dos cosas curiosas sobre él: primero, que Perott nunca obtuvo un título universitario de matemática; y segundo, que su obra en ese campo es más bien mediocre y merece estar en el olvido. Lo interesante es que Perott nunca tuvo interés en obtener un título de ningún tipo, y mientras pudo vivió de la herencia familiar. Su paso a los Estados Unidos, donde murió casi en total oscuridad, parece

haber marcado el fin de todo contacto con su familia, y sólo décadas después de su muerte uno de sus sobrinos, destacado médico y brillante concertista en instrumentos de cuerda que fijó residencia en Inglaterra después de la revolución bolchevique, pidió a la Universidad de Clark información sobre él al encontrarse con un artículo de su tío, de quien había escuchado hablar pero al que jamás conoció. Cooke dice que los trabajos matemáticos de Perott, respetables pero no de alta calidad, cometieron un error fundamental: plantearon problemas “en el estilo de Gauss, sobre problemas que le hubieran interesado a Gauss, una generación después de la muerte de Gauss” (Cooke *Perott, His Life and Work*, V). Matemáticamente hablando, Perott se rehusó a ser moderno. Esto se nota mucho más si se analiza su relación profesional (y su amistad con tintes románticos) con la matemática rusa Sonya Kovalevskaya (1850-1891), cuyo trabajo sí fue muy importante (Cooke *Soul Mates?*, 9-10). Aquello no impidió, sin embargo, que el profesor Cooke dedicara treinta años a investigar la vida y la obra de Joseph de Perott, animado quizás por el hecho de que sus avatares biográficos ofrecen escenas más cercanas a un personaje novelesco o de carácter romántico que a un matemático universitario; hay que agregar también que, a pesar de la “merecida oscuridad”, como dice Cooke, de su obra matemática, y a pesar de no poseer un grado académico en la disciplina, Perott contribuyó a hacer del Departamento de Matemática de la Universidad de Clark un lugar respetable que atrajo a muchos estudiantes. No es menor tampoco en ese sentido el dato siguiente: la correspondencia que mantuvo con su coetáneo Henri Poincaré, uno de los más importantes matemáticos franceses del siglo XIX y comienzos del XX.<sup>13</sup>

De manera paralela, como hemos dicho, Perott tuvo un interés muy vivo y constante por temas filológicos, especialmente románicos. Sus largas estadías en Portugal y España, y los cuidadosos estudios que realizó sobre la historia literaria y lingüística de ambos países, se tradujeron en una serie de artículos, casi siempre breves (reseñas, notas, comunicaciones) de carácter comparativo sobre las desconocidas fuentes de obras emblemáticas de la literatura occidental. Uno de sus textos más citados (y mucho más largo que la mayoría de sus otros trabajos) se titula *The Probable Source of the Plot of Shakespeare's Tempest*, publicado por la Universidad de Clark en octubre de 1905, donde plantea que el ciclo de libros de caballerías titulado *Espejo de príncipes y caballeros* (Zaragoza, 1562) fue imitado en ciertos pasajes por Shakespeare al momento de escribir su célebre obra. Los otros trabajos de Perott en este campo reflejan similares intereses, todos ellos animados por un espíritu comparatista. El profesor Cooke no cita la nota sobre el *Primaleone* (en una comunicación personal me dice que la desconocía), pero sin duda que ella se encuentra dentro de su mismo estilo de trabajo intelectual. Siendo el políglota que era, las notas de Joseph Perott fueron escritas tanto

---

<sup>13</sup> Para más información, consultar [www.henripoincare.fr/s/Correspondance/item/490](http://www.henripoincare.fr/s/Correspondance/item/490)

en inglés como en francés, alemán, portugués, español e italiano. La amplitud de los intereses intelectuales de Perott lo llevaron a dedicarse a disciplinas aparentemente muy alejadas entre sí como la matemática y la filología románica. Su afición a escribir obras “menores”, sin embargo, no le impidió plantear al menos una idea revolucionaria como la de su “comunicación” italiana sobre la posible fuente literaria de la palabra patagón. Imaginemos, pues, esta escena del pequeño gran drama que nos ocupa aquí: un matemático políglota europeo, modesto y de intereses vastamente universales, disidente de su familia, que trabaja como profesor universitario de su disciplina en Estados Unidos, está concentrado en su mesa de trabajo escribiendo una brevísima nota en italiano en donde plantea una idea con el potencial de cambiar radicalmente nuestra comprensión de un hecho muy importante en la historia del descubrimiento de América. Una vez publicada, esa nota pasará casi inadvertida durante más de un siglo, pero habrá otros, esta vez en América, que van a proponer algo parecido aunque no la hayan leído. Mucho tiempo tuvo que pasar para conocer esa nota y así completar la historia de este verdadero mosaico filológico.

Con Joseph de Perott, María Rosa Lida de Malkiel y Javier Roberto González queda establecida la genealogía crítica (y también literaria) de una idea fundamental para la mejor comprensión de nuestra historia. A quinientos años de la expedición de Magallanes por las tierras del extremo sur del mundo, podemos recrear, con un poco más de claridad, la escena primordial de uno de los orígenes de nuestro rico y múltiple origen americano.\*

## BIBLIOGRAFÍA

- Bataillon, Marcel: “Acerca de los patagones. Retractatio”. *Filología*. Año VIII (1962), Núms. 1-2: 27-45.
- Cooke, Roger: *Joseph Perott, 1854-1924. His Life and Works In Documents*. Manuscrito inédito (391 páginas).
- . *Soul Mates? Sonya Kovalevskaya and Joseph Perott*. Manuscrito inédito (24 páginas).
- Doura, Miguel Armando: “Acerca del topónimo ‘Patagonia’, una nueva hipótesis de su génesis”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2011, T. 59, No. 1 (2011): 37-78.
- Eisenberg, Daniel: *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography*. Grant & Cutler Ltd., 1979.

---

\* Agradezco al profesor Roger Cooke (Departamento de Matemática de la Universidad de Vermont, emérito) por el generoso envío de sus trabajos sobre la vida y obra de Joseph de Perott, que resultaron ser una ayuda invaluable para la escritura de este artículo. También agradezco al profesor Ernesto Livorni (Departamento de Francés e Italiano de la Universidad de Wisconsin—Madison) por su ayuda con el texto italiano de Joseph de Perott.

- \_\_\_\_\_. y María Carmen Marín Pina: *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*. Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.
- González, Javier Roberto: *El nombre de la Patagonia: historia y ficción*. Anejo del número 32 de *Anales de Literatura Chilena*, Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2019.
- Kuhn, Thomas S.: *The Structure of Scientific Revolutions* (3<sup>rd</sup> Ed.). The University of Chicago Press, 1996.
- Libro Segundo de Palmerín que trata de los grandes fechos de Primaleón y Polendos sus fijos* (II vols.) Sevilla, 1524. Introducción, Texto Crítico y Notas de Lilia E. F. de Orduna et alii. Kassel: Edition Reinchenberger, 2004.
- Lida de Malkiel, María Rosa: “Para la toponimia argentina: Patagonia”. *Hispanic Review*, Vol. 20, No. 4 (October 1952): 321-323.
- \_\_\_\_\_. “Fantasía y realidad en la conquista de América”. *Homenaje al Instituto de Filología Dr. Amado Alonso en su cincuentenario (1923-1973)*. Buenos Aires (1975): 210-220.
- \_\_\_\_\_. y Yakov Malkiel: *Amor y filología. Correspondencias (1943-1948)*. Edición y prefacio de Miranda Lida. Acanalado, 2017.
- Perott, Joseph de: “Il ‘Gran Patagone’ nel ‘Primaleone’ e nei libri di viaggio di Pigafetta”. *Studi di Filologia Moderna*. [Catania], Anno I, Fascicolo 3-4, Luglio-Dicembre (1908): 290-291.
- Pigafetta, Antonio: *La primera vuelta al mundo*. Traducción de Federico Ruiz Morcuende. Miraguano Ediciones / Ediciones Polifemo, 2018.
- Primaleón* (Salamanca 1512). Edición de María Carmen Marín Pina. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- Zaïtzeff, Serge I. (ed.): *Correspondencia. Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel*. El Colegio de México, 2009.